

Recuerdos de París. Un amanecer con Carlos Quijano

(Semblanza de Quijano escrita por Enrique Amorim y publicado en "El País", el día del arribo de aquél al Uruguay luego de su estadía en Europa).

Carlos Quijano en el teatro, camino del Barrio Latino, adquiere una personalidad singular. Ha bajado lentamente, como contándonos, los peldaños de la estación Palais Royal. Bajo su brazo, casi atlético de muchacho sano, una fabulosa cartera de cuero. Si alguien nos preguntase: ¿con quién vio usted a Quijano? Tendría que responder: con su cartera de cuero. (...) Pero la cartera de Quijano no es la de un abogado... ¡Qué lejos está Quijano de aquella medalla de oro que él mismo no sabe dónde anda y ante la cual supo sonreír!... No es, menos aún, una cartera ministerial, ni de estudianto bleuf... Es la cartera de un hombre de acción que sabe detener el paso, mirar para atrás, a diestra y siniestra, suspirar si es necesario y hundirse en la sombra, firme el pie... Es la cartera de un hombre de hoy, estudiante siempre, buscador de una perfección inalcanzable, curioso, inquieto, armonioso en el vivir y, si es necesario, contradictorio. (...)

A su lado, a veces, va un muchacho nicaragüense, colombiano, cubano, mexicano... (...) Ese muchacho le mirará a Quijano con respeto. (...) Escuchará la palabra de Quijano siempre cortante como un tajo valiente que se adivina sobre un filo legítimo.

Quijano en el Barrio Latino, bajo la nieve en aquel invierno, me dio la sensación cabal de una vida anhelosa. Yo quería verlo, conocerlo en París, en su medio. Y le vi, rodeado de camaradas, una

noche que mal dije una conferencia sobre temas literarios. Quijano estaba a mi derecha. Quijano me dijo cariñosamente: "Comenzá, hermano...".

(...) Terminada la conmemoración literaria, salimos. Enfrente, "Notre Dame", bajo la noche, más bien dicho, en la noche, pues ella formaba parte del cielo, de la tierra con el Sena y de la Noche. Anduvimos por el Quai de la Tournelle, hasta la Place de St. Michel. Quijano tiene allí un refugio. En un viejo café sentados, con un vaso de mal beberaje parisien, juzgamos personas, actos, cosas. Quijano me habló de Ingenieros, de la odisea de Pepe Ingenieros en su viaje a México. Esta historia es de Quijano. De su pluma saldrá algún día, de esa pluma fácil y precisa de Quijano, varonil y acerada, como su talento cultivado y firme.

Carlos Quijano, aquel muchacho sano y decidido que partió con viento y a toda vela, es hoy un hombre que ha sufrido, no los reveses de la suerte que afligen a los débiles, sino los reveses del conocimiento (...), que fortalecen a los bien dotados y sólo decepcionan a los pobres de espíritu. Quijano hoy es el aplomo, la cosa medida y meditada, la justeza y la gracia en una persona. Ha dudado mucho, nunca demasiado. (...)

En aquellos días se preparaban actos contra la "Canalla Dorada" como Quijano calificaba a la American Legion... Y después de hacer un silencio lleno de sugerencias y palabras mejor dichas que en los discursos, frente al Arco del Triunfo, nos encaminamos a un cafetín de la Avenida de la Grande Armée...

Vimos amanecer. Esperamos el sol, con recuerdos de la América Lejana. (...) Quijano tenía la voz hecha para la confianza. Recordó sus amigos, de lucha, los

que creen en su labor, los que él cree bien orientados, con el porvenir por delante. Ideologías, pasiones, sistemas, creencias, en la charla de frentes limpias, iluminadas de amanecer, pasaron y en unos nos detuvimos y nos detuvieron otras. América es para Quijano el más bello espectáculo. Ajeno, por su ausencia, a los movimientos, siente el hombre la atracción del actor que espera junto a una bambalina. Se representa el drama o la comedia. Y este actor, que ambiciona ser alguna vez director escénico, se enciende hablando de la obra.

Yo vi a Quijano agrandado de ideal. Cuando su talento pone de manifiesto lo que ha aprendido en Francia, es fácil comprender el empuje de sus convicciones. Plantea problemas, duda, se afirma en un porvenir hipotético y se vuelve a quedar como en una expectativa. Pero de pronto, su palabra fácil y espontánea explica cifras, presenta números, cantidades, observaciones estadísticas. Las finanzas de los estados de América no tienen secretos gracias a su sagacidad.

Y amaneció en el Etoile, frente al Arco del Triunfo. Algunos franceses, paso a paso, andaban en dirección a Neuilly. Pesados carros se alejaban como portando los últimos residuos de la noche brumosa de París. El amanecer en París cae del cielo o llega de los cuatro puntos cardinales. París es una ciudad sin naciente. Por todos lados llega el sol... Bajo los árboles esqueléticos se alejó la figura singular de Carlos Quijano. Su cartera de cuero se abría un poco, como bostezando de cansancio...

Enrique Amorim